



LA PROMESA

Madre, estas palabras son especialmente para ti, nacen de la esperanza que sembró la vida en mí y de mi admiración a tu tenacidad, a tu ímpetu, a tu fuerza y a la capacidad de amar que he sentido de ti y que va infinitamente más allá de nuestras diferencias.

Crecí bajo tu cuidado, ni un solo día de mi vida tuve miedo de sufrir hambre, frío o sed. Has estado para mí cada día de mi vida, sin faltar ni una sola vez a esa tarea, a tu manera claro, pero siempre desde la sinceridad y la convicción de hacer siempre lo mejor para mí y para mi hermano.

Tus cuidados me hicieron crecer y mientras eso sucedía vi las locuras de mi papá en semana santa que invitaba personas de la calle a replicar esa escena católica de compartir el pan y la mesa, con gente distinta y con menos oportunidades que nosotros que no teníamos grandes fortunas, pero si un par de libras de arroz de sobra y tú allí alcahueteándole las locuras.

Lo mismo hacía en la calle, desde un lugar de profunda bondad, compraba comida para personas con hambre sin juzgar su situación, desde la empatía de quien no desea el sufrimiento de los demás.

La constancia en ese cuidado delicado de la vida, de mi vida, me hizo crecer como soy, bajo la promesa de convertirme en una mujer de bien al estilo de lo que nos decían las abuelas.

Con esa promesa de fondo continué con mi educación, varias de mis primas y yo nos convertimos en las primeras de la familia en llegar a la universidad, hasta a maestría llegamos, pero no llegamos solas, llegamos todas juntas con nuestras mamás, tías y abuelas de soporte.

Y no, no somos perfectas, tampoco nos las sabemos todas, pero algo si sabremos entre todas, algo podremos conversar donde quepamos todas.

Pero antes, tropezamos con lo inminente, la promesa de todo lo bueno amasado que se traslada, la promesa de futuro de los hijos de las primas, un mañana dónde las mujeres no tengamos miedo de traer más vida a esta tierra, un futuro dónde a ninguno de nuestros familiares lo vuelva a matar la guerrilla o le intenten poner las botas al revés.

Un día quisiera poder jubilarme tranquila y terminar de construir ese bienestar que anhelamos.

No puedo sentir por ti, ni pensar por ti, ni elegir por ti, pero te pido confianza en lo que sembraste en mi para conversar, para abrirte a un diálogo donde no siempre escuchemos lo que queremos escuchar, pero dónde sabemos que en el fondo estamos del mismo lado.

Porque al tiempo que nos asusta el mal también queremos lo mejor no solo para lxs nuestrxs, sino para esa Colombia distinta, con menos privilegios, con menos oportunidades que hoy se sienta a nuestra mesa como hacíamos antes con mi papá, que por fin ve la esperanza de su lado y se atreve a salir a elegir sin miedo su futuro, uno que sea la promesa para todxs.

Pienso que son esos otrxs distintxs
quienes nos llaman hoy a su mesa
HABLEMOS MA.

